

RESEÑAS

GABRIEL RAMÓN JOFFRÉ, *El Neoperuano. Arqueología, estilo nacional y paisaje urbano en Lima, 1910-1940*, Lima, Sequilao Editores, 2014, 119 páginas.

La categoría cultural “patrimonio” ha devenido un problema relevante en la investigación histórica y antropológica de las últimas cuatro décadas. Ello se debe, probablemente y en primer lugar, a que resultó ser una buena interrogante para comprender aquellas construcciones sociales que adquieren legitimidad basándose en recreaciones del pasado y, al mismo tiempo, porque hurgando en los contenidos de lo patrimonial –así como en los procesos de patrimonialización– se puede llegar a entender mejor la edificación de los ‘espejos imaginarios’ de las comunidades humanas y se puede diversificar la mirada sobre los ‘relojes identitarios’ construidos durante los procesos de formación de los Estados-nacionales modernos, así como sobre las reconstrucciones que ocurrieron tantas veces como las ideas de ‘unidad nacional’ e ‘identidad nacional’ adquirieron vigencia política y resonancia cultural.

Si bien el patrimonio va mucho más allá de los proyectos estatales nacionales, y no pocas iniciativas sobre el mismo emergieron durante la formación de expresiones públicas de esferas privadas³⁶, en el ámbito latinoamericano, las iniciativas *patrimonializadas* casi siempre estuvieron teñidas por un alto grado de oficialidad, siendo parte de las políticas culturales diseñadas o auspiciadas por las autoridades del siglo XIX y también por las del XX. En tanto que planes de fortalecimiento de la centralidad cultural de la nación, cada proyecto tuvo que enfrentar decisiones (y resistencias) acerca de qué pasado definir, qué elementos elegir y qué medios utilizar para articular dicho pasado con el presente y el futuro. En el caso de América Latina, uno de los pasados decisivos para el patrimonio fue el precolonial; y en el caso del Perú, se constituyó en un eje cultural que dura hasta nuestros días. El presente texto de Gabriel Ramón Joffré nos adentra en la especificidad del proceso de *peruanización* de lo precolonial acontecido en el periodo de 1910 a 1940. Su investigación nos devela las particularidades de la patrimonialización que allí ocurrió, así como los discursos, imaginarios y prácticas que durante ese lapso se fueron instaurando.

El acento del libro sobre el carácter performativo de lo patrimonial puede ser considerado como un primer acierto metodológico: “Tello [arqueólogo huarochirano] había sido el promotor y, seguramente, el guionista de ésta *performance* que luego empleó para dar mayor relieve a sus espectaculares descubrimientos arqueológicos”³⁷. Dicho acierto resguarda la investigación de uno de los tropiezos más comunes en las indagaciones sobre patrimonio: no diferenciar el patrimonio de las manifestaciones culturales

³⁶ Para esta discusión véanse los trabajos de Nick Merriman, *Beyond the Glass Case: The Past, the Heritage and the Public*, California, Left Coast Press, 1991 y Tony Bennett, *The Birth of the Museum: History, Theory, Politics (Culture: Policy and Politics)*, New York, Routledge, 1995.

³⁷ Joffré, *op. cit.*, p. 15.

o acervos culturales que usa para sus propios fines. Asimismo, y por extensión, salva el trabajo de otra tesis equívoca: pensar el patrimonio en relación teleológica con la identidad, cuando, por todo parecer, la *peruanización* de lo precolonial, en los tres decenios estudiados por el autor, refleja algo diferente y más complejo: una lucha o tensión estética por, y dentro, de las humanidades peruanas; además, la pretensión de superar las viejas escenografías incaicas creadas para *ancestralizar* la heroificación de la historia republicana; y, al mismo tiempo, cierto distanciamiento del peso normativo del canon patriótico tradicional. Emerge allí el patrimonio ligado a discursos de renovación, cambio cultural y modernización, a planes de transformación urbana y a la disposición de las autoridades para asimilar diversos pasados a la simbolización del tiempo nacional. El patrimonio comienza a ser también un factor de discusión y reflexión sobre la Historia, y ya no tanto un acto de patriotismo puro o un bloque fundacional que yace líricamente en el corazón de todas las cosas. Y algo bastante común, pero no tan investigado: al activarse la dinámica patrimonial urbana se vuelve visible la ligazón entre patrimonio y pobreza, produciendo contradicciones entre el deseo de usar el pasado autóctono como un valor central de la pedagogía de la ciudad oficial y, por otra parte, la aspiración a erradicar los tugurios para cumplir con las prescripciones del *higienismo* moderno.

Otro aporte —que proviene de una amplia y cuidadosa revisión y selección de diversos tipos de fuentes— es la evidencia que ofrece para tensionar la idea de que el patrimonio es solo representación y no creación. Cuando el investigador analiza el proceso por el cual el acervo cultural aimara, quechua e inca devienen estilística y estilo, es decir, devienen conocimiento y creatividad formal y ya no tanto, negociación identitaria esencialista, queda, entonces, fisurada la idea de que el patrimonio radica solo en ensamblajes o negociaciones en torno a bienes físicos o culturales que preexisten³⁸. Por el contrario, lo que ocurre en la trentena peruana abordada en este texto no se agota en esa aseveración. El patrimonio produce un conjunto de nuevos valores que se edifican a partir de relecturas libres y representaciones creativas del pasado y de sus vestigios. El neoperuano no se modula como una referencia indigenista o una cita hispanista al mundo precolonial andino sino todo lo contrario, se articula como un vaciamiento de esas referencias a través de un eclecticismo “superficial” y de un formalismo osado que no es preciso ni académico, pero irradia y ornamenta todas las iniciativas del presente y, por lo tanto, posee la flexibilidad de ligar los contenidos simbólicos y prácticos de hoy, con las formas visuales y las espacialidades de ayer³⁹. El poder del patrimonio para resignificar el pasado se observa de una manera evidente. Un ejemplo claro es la transformación de las huacas locales en Lima. Dichas huacas cambiaron de sitios precolombinos a yacimientos arqueológicos y de ahí a curiosidades o artificios ornamentales *revivalistas*, muy cercanos al lenguaje escenográfico de los pabellones nacionales de las exposiciones internacionales de fines del siglo XIX.

La idea de que el patrimonio es hijo de la mentalidad conservacionista o de las prácticas de conservación de bienes culturales también puede ser discutida por los aportes de Gabriel R. Joffré en este libro. Dado el estrecho vínculo de algunos proyectos de

³⁸. Rodney Harrison, *Heritage. Critical Approaches*, London, Routledge, 2013.

³⁹ Joffré, *op.cit.*, p. 95.

patrimonio con el personalismo político o con periodos de fuerte mercadotecnia para posicionar un nuevo tipo de autoridad gubernamental, posteriormente, cuando ocurre el derrocamiento de esa autoridad, la voluntad de devaluar las acciones del predecesor conlleva a la decadencia –o al menos al abandono o la invisibilidad– de los proyectos que recuerdan al derrotado. Al emparejarse un legado patrimonial con un legado político opositor, el patrimonio sufre las consecuencias de la filiación que lo patrocinó, todo lo cual abre el debate acerca de que los hitos físicos del patrimonio no solo son amenazados por agentes o factores ambientales sino que su mayor factor de modificación o deterioro (y también de restauración) puede provenir de un cambio radical en el ámbito político o bajo una modificación profunda en los discursos autorizados sobre el pasado⁴⁰. El Neoperuano después de Augusto Bernardino Leguía sufrió las consecuencias de la sublevación militar del comandante peruano Luis Miguel Sánchez Cerro⁴¹. Sin embargo –y con esto es fundado pensar que el patrimonio no funciona de manera unívoca como herencia concreta sino, también, como legado valórico más abstracto– el Neoperuano del Oncenio traspasó un modelo creativo abierto que favoreció que los imaginarios precoloniales fueran percibidos de nuevo como una llave estratégica a la hora de hacer política y educación territorial dentro de Perú. Si bien el terremoto del año 1940 cortó el auge de este concepto de estética política –especialmente en lo tocante al desarrollo arquitectónico y urbano de Lima– “el modo oficial de emplear los símbolos precolombinos en el espacio público siguió la estela del *businessman* lambayecano [Augusto B. Leguía]”⁴²; y de Julio C. Tello, el arqueólogo favorito del dictador norperuano.

En tal sentido, otro aporte del libro es que deja abierta la pregunta por las reformulaciones del patrimonio de base precolonial acontecidas en Perú durante la segunda mitad del siglo xx; y también más allá de las fronteras peruanas. El hecho de que Alberto Fujimori se haya disfrazado de inca y haya sido llevado en andas por Pampa Galeras en Ayacucho durante la fiesta del Inti Raymi de 1995, siendo esta una entre otras muchas performances presidenciales similares que incluyen también al actual presidente boliviano Evo Morales, implica que la comprensión de la cultura política andina no es segregable de los movimientos patrimonialistas que ella misma fue creando y que, de forma simultánea, constituyen una de sus fuentes más activas de retroalimentación.

No obstante, la *performatividad* de lo patrimonial en el periodo estudiado no hay que confundirla con una idea estrecha de mercadotecnia política o con la clásica idea de propaganda política basada en esoterismos parecidos a los nacionalismos radicales europeos de la misma época. A pesar de la precisión metodológica de la obra, su acertada elección de fuentes y su equilibrado enfoque analítico, una mirada global a su tesis de fondo puede prestarse a confusión y llevar a la apreciación general de que el patrimonio es falsa conciencia social, es ideología dominante, es hegemonía usando la historia, tal como lo planteaba David Lowenthal en la década de 1980⁴³. Si bien el libro tiende a centrar su relato en el patrimonio diseñado ‘desde arriba’, es decir, orquestado por las élites políticas,

⁴⁰ Laurajane Smith, *The Uses of Heritage*, London, Routledge, 2006.

⁴¹ Joffré, *op. cit.*, p. 96.

⁴² *Op. cit.*, p. 97.

⁴³ David Lowenthal, *El pasado es un país extraño*, Madrid, AKAL, 1999.

artísticas e intelectuales... y las figuras de Augusto B. Leguía y Julio C. Tello aparecen sugeridas como los notables fundadores del proceso más exitoso de estatización y nacionalización de lo indígena y lo precolonial en el Perú, se podría pensar, por defecto, que los procesos políticos subversivos en el Perú, y por extensión en el espacio andino cercano, presuponen cierta subordinación complementaria a un mismo esquema de uso político del pasado. A partir de esta duda potencial, la pregunta acerca de la diferencia entre los imaginarios precoloniales populares y el chovinismo dinástico del Oncenio no es una interrogante trivial; en especial si se tiene en cuenta que la violencia política extraoficial en el espacio andino, a pesar de declararse cercana a ideologías “desmitificadoras”, ha estado casi siempre justificada por imaginarios extraídos de las culturas prehispánicas, así como de la memoria acerca del desempeño político del indígena durante la colonización; por ejemplo: el MRTA y Sendero Luminoso. El patrimonio entonces, si bien es parte del desempeño político, no es performance únicamente en el sentido de puro artificio instrumental, sino, también, y al mismo tiempo, puede ser performance en el sentido de reencarnación y promulgación contenciosa (*embodiment, acting-out, enactment*) de residuos mitológicos o fantasías colectivas arraigadas en la cultura popular. Cuando el autor declara como su colofón: “Augusto Bernardino Leguía habría sabido aplaudir éste ardid”⁴⁴, para referirse al difundido diagrama de Emilio Harth-Terré, un diagrama ‘científico’ que señala como asiento arqueológico de la ciudad de Lima a las cuatro huacas ficticias de la plaza de Armas y que, a pesar de ser una reconstrucción arqueológica *ex silentio*, animada por la egolatría de un arqueólogo, marca ‘indiscutiblemente’ el centro de los centros de la nación peruana...; Gabriel Ramón Joffré enfatiza el patrimonio legitimado por la costumbre de usar cierto tipo de arqueología *antropologizada* con el fin de fabricar ‘*aztlanes*’⁴⁵, pero no se queda solo en eso; también esboza otros factores de resonancia y resistencia sociocultural frente a la filogenética patrimonial impositiva. El autor plantea un trabajo de fuentes y casos divergentes que le permiten no homogeneizar las prácticas patrimoniales bajo la sombra del nacionalismo metodológico; buscando, por el contrario, aquella información que esclarece momentos de disrupción entre el pasado nacional y la ciudad oficial. El caso de Manco Cápac, no solo distingue a la Lima oficial del canon nacional sino que facilita la comprensión del papel del patrimonio discordante en torno a la otredad racial, barrera que el patrimonio al estilo Augusto B. Leguía encontró al introducir el obsequio japonés de un ‘desnudo’ inca dentro de un paisaje patrimonial clausurado en torno a la tradición limeña de elite criolla y en un momento enrarecido además por las sospechas populares en torno a la colonia japonesa y tensionado por las rivalidades políticas entre los imperios amigos de Perú. De este modo el presente libro no es solo una exposición historiográfica del desarrollo de proyectos fundacionales del nuevo patrimonio oficial peruano-limeño sino la trayectoria de las tensiones y las diferencias del patrimonio al momento de simbolizar el territorio ciudadano; al mismo tiempo que un análisis concreto de las polémicas y los consensos cuando irrumpe en una

⁴⁴ Joffré, *op. cit.*, p. 97.

⁴⁵ Metáforas de Aztlán, lugar legendario de la etnogonía mexicana, utilizado para diversos fines políticos y culturales; entre ellos, las reivindicaciones en torno a la frontera norte del estado mexicano y la ilegitimidad patrimonial del tratado Guadalupe Hidalgo.

sociedad la voluntad oficial de fijar ancestros, uniformizar temporalidades, redefinir la estirpe y el carácter nacional, nacionalizar el conocimiento arqueológico y antropológico, transformar la historia en divulgación ideológica, al mismo tiempo que el deseo de apropiarse de legados y acervos pretéritos para reasignar códigos de prestigio y agigantar así la reputación de la actividad científica, artística y política.

JOSEPH GÓMEZ VILLAR
Escuela de Arte, Instituto de Historia,
Centro del Patrimonio Cultural e ICIIS,
Pontificia Universidad Católica de Chile